

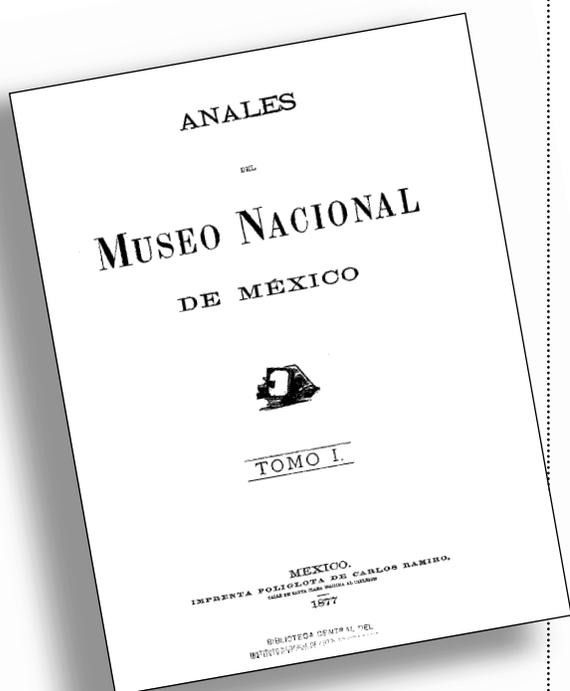
Primera página del Códice Zapoteca (detalle) publicado por el Dr. D. Antonio Peñafiel.

Eduardo  
Matos Moctezuma\*

HISTORIA



# Anales del Museo Nacional de México: un siglo de sabiduría\*\*



**E**n julio de 1877, por iniciativa de un grupo de intelectuales y artistas, dio comienzo una publicación anual que fue uno de los medios en donde los sabios de la época daban a conocer sus investigaciones. La publicación tuvo por título *Anales del Museo Nacional de México* y no es de extrañar que así fuera, ya que algunos de los estudiosos de antaño formaban parte del antiguo Museo y alrededor de él se concentraban para llevar a cabo sus trabajos. La pluma de varios de ellos se plasmó en letra de imprenta en los diversos volúmenes que fueron saliendo a partir de entonces. En el primer número, impreso en aquel año, nos dice en el Prólogo el entonces director del Museo, don Gumesindo Mendoza, lo siguiente acerca del establecimiento que dirige y de la publicación que nace:

El gobierno federal que ha fundado este útil establecimiento ha comprendido que al fundarlo, fue su objetivo vulgarizar los conocimientos científicos y difundirlos entre todas las clases sociales de nuestra sociedad.

Además hace ver que:

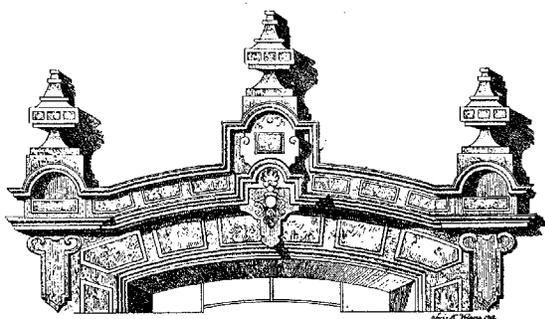
Los jeroglíficos, los dioses superiores y los penates han estado allí por muchos años, mudos como la piedra o el barro de que están hechos, porque no se les ha dado vida indicando los pensamientos que cada uno encierra...

Nunca está de más agregar algunos datos curiosos que hoy ya son historia.

¿Saben ustedes cuánto costó el primer volumen de los *Anales*? Gracias al *Catálogo del Archivo Histórico* del Museo Nacional, dirigido por Trinidad

\* Investigador emérito del INAH.

\*\* Ponencia leída en la presentación del DVD y CD-ROM *Anales del Museo Nacional de México*. Colección completa 1877-1977, México, INAH / Fundación MAPFRE-TAVERA, 2002. Museo Nacional de Antropología, Auditorio Jaime Torres Bodet, 11 de diciembre de 2002.



## INTRODUCCIÓN.

Tuvo un origen reciente el Museo Nacional de México.

Bajo la dominación española, sólo existía una pequeña colección de antigüedades, formada en su mayor parte de los códices y manuscritos indígenas que el Caballero milanés don Lorenzo de Boturini y Benaduci, Señor de la Torre y Homo, había logrado reunir á costa de inauditos sacrificios, y las cuales le fueron confiscadas de la manera más injusta por el Gobierno Virreinal en 1743. Estas antigüedades permanecieron guardadas primeramente en la Secretaría del Virreinato, y después en la Biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de México, adonde pasaron por orden del Exmo. Señor Bailío D. Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa, Virrey de la Nueva España: en uno y otro lugar las mermaron extraordinariamente el descuido, la humedad, los ratones y los hurtos.

Consumada la Independencia, el Gobierno Nacional no sólo conservó en la misma Universidad las antigüedades ya existentes, sino que, además, asignó para el establecimiento de un jardín botánico la suma anual de \$ 1892, 1 real, 3 granos, destinados á cubrir los sueldos de un Director catedrático de Botánica y de un jardineiro y los gastos del jardín.

Lairigoyen, podemos obtener la información correspondiente. Con fecha 6 de agosto de 1877 se envía la factura por la cantidad de \$ 255.00 y en oficio del 25 de noviembre del mismo año y por acuerdo del Presidente de la República, que por entonces lo era don Porfirio Díaz, se autoriza el pago al director del Museo por la cantidad de \$ 175.00 de la Partida 6517 del presupuesto de gastos extraordinarios de Instrucción Pública, por la impresión de la segunda entrega de la publicación.

En la década comprendida entre 1869 y 1879 se multiplicaron las revistas literarias, las asociaciones culturales y las agrupaciones científicas. El triunfo liberal abrió las puertas para dar paso a las inquietudes académicas de toda índole y no es de extrañar que el Museo, cumpliendo con su misión educadora, fuera el lugar en donde cobrara vida la nueva publicación. Los *Anales*

continuaron saliendo año tras año con algunas interrupciones, hasta que, con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939, aquellos *Anales*, que ya habían sufrido modificaciones en su nombre, se convirtieron en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, hasta el año de 1977 en que, por falta de interés de quienes debían de velar por su continuidad, o porque nuevas publicaciones cobraron forma y empezaron a desplazarlo, los entonces *Anales de Antropología e Historia* desaparecieron. Fueron en total 55 volúmenes que cubrieron temas de arqueología, historia y etnohistoria, entre otros, y a través de sus páginas podemos ver cómo fue el desarrollo de estas disciplinas a lo largo de un siglo de historia.

Recuerdo, en lo que a mí se refiere, que en sus páginas escribí dos de mis primeros artículos: "El adoratorio decorado de las Calles de Argentina" y "La Danza de los Montezuma". El primero sería preámbulo a los posteriores estudios acerca del Templo Mayor de Tenochtitlan (*Anales del INAH*, t. XVII, México, 1965) y el segundo corresponde a la inquietud, que siempre me ha acompañado, de conocer las tradiciones populares que en este caso se refieren a una danza de la conquista que se baila en la República de Panamá, y que no es de dudar su origen desde la Nueva España (*Anales del INAH*, t. XVIII, México, 1967).

Si hiciéramos un poco de historia y de la necesidad de guardar información de acontecimientos de índole diversa, veríamos cómo los primeros datos que quedaron plasmados de alguna manera son aquellos vestigios prehispánicos de pintura rupestre que aún se conservan en nuestro país. Con el surgimiento de las sociedades complejas tuvieron presencia los códices, en donde se pintaban en verdaderas miniaturas información de varios tipos, desde aspectos netamente rituales y religiosos, hasta genealogías e historias de pueblos y gobernantes. La furia evangelizadora dejó apenas una veintena de ellos. Con la conquista penetró el libro impreso y, paradójicamente, se continuaron pintando, ahora en

Si hiciéramos un poco de historia y de la necesidad de guardar información de acontecimientos de índole diversa, veríamos cómo los primeros datos que quedaron plasmados de alguna manera son aquellos vestigios prehispánicos de pintura rupestre que aún se conservan en nuestro país. Con el surgimiento de las sociedades complejas tuvieron presencia los códices, en donde se pintaban en verdaderas miniaturas información de varios tipos, desde aspectos netamente rituales y religiosos, hasta genealogías e historias de pueblos y gobernantes. La furia evangelizadora dejó apenas una veintena de ellos. Con la conquista penetró el libro impreso y, paradójicamente, se continuaron pintando, ahora en

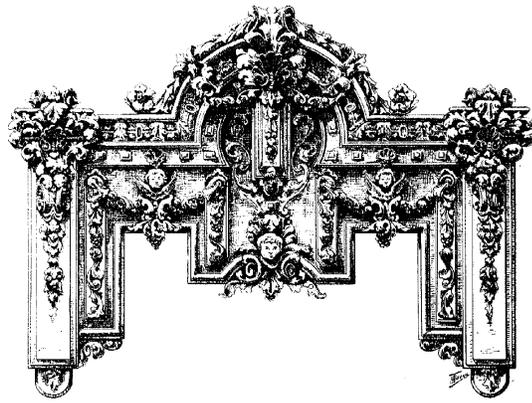


forma de lienzos, los límites y posesiones que cada pueblo tenía para dejar constancia de ello. También se dio paso a un sincretismo: la elaboración de códices a la usanza indígena con el mensaje de la fe cristiana. Fueron los catecismos testerianos que guardaron el nombre de quien ideó, con fines evangelizadores, su presencia: fray Jacobo de Testera.

Aquí surge una pregunta: ¿cuál fue el primer libro impreso que, al parecer, hubo en lo que hoy es territorio nacional? Se equivocan quienes aseveran que fue la *Escala Espiritual* de Juan Clímaco como parte de aquellos primeros libros elaborados por Juan Pablos. El primero fue el *Libro de Horas* que, según lo indica Bernal Díaz del Castillo, trajera consigo Jerónimo de Aguilar. Así nos lo dice el primer cronista soldado, cuando relata cómo llegó Aguilar ante Cortés después de estar siete años en tierras de Yucatán:

Luego se vino Tapia con el español adónde estaba Cortés, y antes que llegasen, ciertos soldados preguntaban a Tapia: “¿Qué es del español?” aunque iba junto con él, porque le tenían como indio propio, porque de suyo era moreno, y trasquilado a manera de indio esclavo... y traía atado en la manta un bulto, que eran *Horas* muy viejas.

Hoy me mueve a reflexiones profundas la presentación de este disco compacto en el Museo Nacional. Contiene un siglo de sabiduría encerrado en un pequeño disco de 12 cm de diámetro y tan delgado como una oblea. Si pusiéramos juntos los tomos de los *Anales*, éstos cubrirían varios anaqueles de una biblioteca. Maravillas de la tecnología. He leído por ahí que se piensa construir, por parte de Conaculta, un nuevo edificio destinado para biblioteca. Quiero comentar algo al respecto. De emprenderse esta idea, creo que debe ser con los más recientes avances tecnológicos, en donde se concentren discos como éstos que guardan las páginas de obras señeras de la humanidad. En este sentido, hay que agradecer los buenos auspicios del INAH



ADVERTENCIA

Durante mi estancia en la capital de los Estados Unidos, al registrar las colecciones de manuscritos que se hallan en las bibliotecas y archivos públicos, tropecé con muchos papeles relativos á México, que, en mi concepto, merecen llamar la atención de los estudiosos y hombres de ciencia, por constituir un manantial de conocimientos históricos, hasta ahora no explotado.

Quizá este catálogo tenga el mérito de atraer la atención de los que se ocupan en investigaciones relativas á México: si logra tal cosa, habrá cumplido su objeto plenamente.

La mayor parte de los manuscritos que enumero pertenecen á la *Congressional Library*, de Washington; así es que en los lugares en que no menciono otra colección, debe entenderse que de esa fuente proceden los documentos.

Doy rendida y cordialmente las gracias al señor Secretario de Estado, Root, que se dignó abrimme las puertas de los archivos del Departamento de Estado; á Mr. Worthington C. Ford, jefe del Departamento de Manuscritos de la *Library of Congress*, á Miss Eli-

y de la Fundación MAPFRE-TAVERA que hoy ponen al alcance del gran público una obra que es columna vertebral de la antropología mexicana.

Para terminar quisiera agregar algo más. He oído que gentes de lectura dicen, con buena intención, que el libro nunca pasará de moda, que no podrá ser jamás sustituido por nada. Creo que están en un error. Así como la vieja máquina de escribir se va convirtiendo en una pieza de museo y la computadora lo avasalla todo, el libro será, poco a poco, desplazado por estas nuevas tecnologías. Y lo digo con nostalgia. El libro es como la mujer amada: se le toca, se le acaricia, se penetra en sus páginas que tienen olor a tiempo. Los hay que están muy manoseados y aquellos que apenas empiezan a abrir sus páginas. Al libro-mujer lo puedo tener en mis manos y sentir en ellas la tersura, áspera o suave, de sus páginas...

